

OBRAS ESCOGIDAS DEL PENSADOR MEXICANO.

INTRODUCCIÓN.¹

Para aquilatar los merecimientos que tiene á la fama póstuma el *Pensador Mexicano*, hay necesidad de estudiar más bien el fondo que la forma de sus numerosas producciones. En el momento actual de la literatura en México, y, sobre todo, dadas las cultas aficiones que privan en el público lector, parecen demasiado toscos los moldes en que vaciara sus pensamientos el popular escritor en el primer tercio del siglo á cuyas postrimerías nos ha tocado asistir.

Hay, además, que tener presente que Fernández Lizardi perseguía en sus obras, ante todo y sobre todo, fines más trascendentales y gloria más duradera que la que alcanzan los que deleitan á sus contemporáneos con la dicción elegante, con el brillo de las imágenes y con la pulcritud de la frase por medio de la atinada selección de los vocablos. No; Fernández Lizardi no

¹ Esta introducción fué escrita por encargo de la Casa editorial J. Ballezá y C.^a Sucesor, para la hermosa edición que está publicando de las OBRAS ESCOGIDAS DEL PENSADOR MEXICANO.—(Nota del autor.)

era cincelador de frases: era lo que en nuestros días llamamos periodista de combate; era un apóstol, mejor diremos, un precursor. Día á día, sin los atildamientos académicos, sin más preocupación, sin otro deseo que el de inculcar en el pueblo el amor á la libertad; perseguido por las autoridades civil y eclesiástica, luchando con las dificultades que para imprimir siquiera fuese un folleto se necesitaba vencer en aquella época, hablaba él al pueblo en el lenguaje en que creía ser mejor comprendido, y le despertaba de su letargo para señalarle el camino que tenía que seguir si anhelaba tener vida propia y regirse por sí mismo. Por eso en nuestra historia literaria el primer nombre de un escritor verdaderamente popular, el autor que hoy mismo goza de la predilección de las masas, es Fernández Lizardi. Y reconocerlo así, no trae aparejado el afirmar que á medida que la ilustración derrama su luz en las superiores capas sociales, va siendo para éstas menos digno de estima el regocijado autor del *Periquillo* y de la *Quijotita*. Lejos de eso, mientras más años pasan y mientras más se depuran por los que viven las glorias de los que ya murieron, los pensadores y los eruditos profundizan la alteza de miras, el acendrado patriotismo, la fe inquebrantable con que Fernández Lizardi, hombre superior en su época, inició no solamente la creación de la novela mexicana, sino también la crítica de los actos gubernativos. Para quienes en tal punto de vista se colocan, los opúsculos políticos y los estudios sociales del *Pensador*, no sólo comenzaron á demoler el edificio del antiguo régimen, sino que fueron los primeros vagidos del periodismo

mexicano, pues hasta entonces era desconocida en nuestro suelo la discusión de los problemas sociales.

Cualesquiera que sean los defectos que hoy encuentren en las novelas, en los folletos, en las fábulas y en los demás escritos de Fernández Lizardi los que no encomian sino los refinamientos y exquisiteces del estilo, es indiscutible para quienes buscan la nobleza y la altitud de los propósitos, que en la obra del *Pensador* habrán de verse siempre la proclamación de nuevos ideales. Y nótese bien: hoy que la tendencia dominante conduce á autores y lectores al naturalismo, las páginas del *Periquillo*, de la *Quijotita* y de *Don Catrín de la fachenda*, encierran muchas de las minucias y crudeces que si entonces caracterizaban la novela picaresca, en nuestros días constituyen el arsenal de los mismos noveladores psicólogos y tendenciosos, debiendo, sin embargo, observarse que las novelas del *Pensador* no pueden con justicia ser tachadas de pornográficas. Como documento, su valor es inestimable, porque ¿en dónde si no es en ellas podríamos recoger datos para trazarnos el cuadro de la sociedad mexicana de principios del siglo? ¿En dónde podríamos encontrar noticias sobre la antigua indumentaria? Resurgen ante nuestros ojos las pasadas generaciones, con todos sus defectos y también con todas sus buenas cualidades, oímos sus propias palabras, vemos cómo se vestían, sabemos cuáles eran sus entretenimientos, cuáles sus alegrías y cuáles sus dolores, y todo esto de la manera más natural y sencilla, sin pretensiones, y mucho menos sin dejar de fustigar las malas costumbres, antes bien enderezándose los propósitos del narrador

á reformar, á perfeccionar, á señalar nuevos horizontes y nuevas y nobilísimas aspiraciones. ¡Cuán atinada es, por lo mismo, la observación de Pimentel al señalar al *Pensador* como uno de los primeros reformadores mexicanos! ¿Qué otra cosa fué sino procurar la reforma de la literatura en México, escribir libros en los que nada hay que no sea genuinamente mexicano, y escribirlos en una época en que todo era un fiel trasunto de lo español?

Comprueba cuanto así en rasgos generales, en síntesis, acabamos de exponer, lo que de Fernández Lizardi y de sus escritos han dicho verdaderas autoridades en crítica literaria.

Veámoslo, si no:

Altamirano opina que la más famosa entre las obras del *Pensador* es el *Periquillo*, de la cual, dice, es inútil hacer un análisis, porque puede asegurarse sin exageración, que no hay mexicano que no la conozca, aunque no sea más que por las alusiones que hace frecuentemente á ella nuestra gente del pueblo por los apodos que hizo célebres y las narraciones que andan en boca de todo el mundo. “Lo que diremos, sí—agrega Altamirano,—es que el *Pensador* se anticipó á Sué en el estudio de los misterios sociales, y que, profundo y sagaz observador, aunque no dotado de una instrucción adelantada, penetró con su héroe á todas partes para examinar las virtudes y los vicios de la sociedad mexicana, y para pintarla como era ella á principios de este siglo, en un cuadro palpitante, lleno de verdad, y completo, al grado de tener pocos que le iguallen.”

El mismo Altamirano, refiriéndose á las *Fábulas* de Fernández Lizardi, hace constar que los asuntos de estas fábulas son casi siempre nuevos; señala los defectos de que adolecen y dice que á pesar de semejantes lunares, son apreciables por la tendencia rigurosamente moral, porque y evidentemente *son el primer esfuerzo del talento mexicano para cultivar un género de literatura útil y benéfico.*

Pimentel, hablando de las mismas *Fábulas*, las califica de apreciables, porque aunque tienen defectos de forma y resabios de la escuela prosaica, en lo general cumplen con los preceptos del arte, y porque, además, algunas de ellas se recomiendan por la circunstancia de ser de un gusto nacional, pues figuran allí animales de nuestro suelo y reprenden vicios y defectos propios del país.

Menéndez Pelayo llama á Fernández Lizardi periodista revolucionario, hombre de ideas radicales y heterodoxas cuando todavía eran rarísimas en México, y extraordinariamente tenaz en divulgarlas. Todo esto es cierto y constituye un título de gloria para el *Pensador*, y no importa, por lo mismo, que el autor que acabamos de citar añada en una nota, que Fernández Lizardi fué un ingenioso aunque chabacano escritor, cuya importancia es más bien histórica y social que propiamente literaria. Ya hemos dicho que reconocemos los defectos de forma que tanto se ha censurado en los escritos del *Pensador*, defectos que él fué el primero en confesar, como se ve en las siguientes líneas que tomamos del capítulo penúltimo del *Periquillo*. "Yo mismo, dice, me avergüenzo de ver impre-

sos errores que no advertí al tiempo de escribirlos. La facilidad con que escribo no prueba acierto. Escribo mil veces en medio de la distracción de mi familia y de mis amigos; pero esto no justifica mis errores, pues debía escribir con sosiego y sujetar mis escritos á la lima, ó no escribir, siguiendo el ejemplo de Virgilio ó el consejo de Horacio; pero después que he escrito de este modo, y después de que conozco por mi natural inclinación que no tengo paciencia para leer mucho, para escribir, borrar, enmendar, ni consultar despacio mis escritos, confieso que no hago como debo, y creo firmemente que me disculparán los sabios, atribuyendo á calor de mi fantasía la precipitación siempre culpable de mi pluma. Me acuerdo del juicio de los sabios, porque del de los necios no hago caso."

No le disculparán los sabios únicamente, sino cualquiera que recuerde que el *Pensador* fué, como dice el más joven y también el más diligente de sus biógrafos, González Obregón, apóstol de nuevas ideas en una sociedad en que predominaban el fanatismo y la ignorancia; censor constante de costumbres profundamente arraigadas durante una existencia secular; partidario acérrimo de la Independencia de su patria; propagador incansable de la instrucción popular por medio de escritos y de proyectos; iniciador de la Reforma en una época en que el clero gozaba de todas sus riquezas, de todos sus fueros y de todo su poder, y autor de libros que abrieron una nueva senda para formar una literatura nacional.

Si en un trabajo de la índole de la presente introducción cupiera analizar minuciosamente las produc-

eiones del *Pensador*, sin dificultad pondríamos de resalto la clarividencia de ese espíritu superior que anticipándose á las generaciones que más tarde le han sucedido, preconizaba las teorías pedagógicas que hoy privan merced á que han llegado de allende el océano; se vería cómo iniciaba que la instrucción debía ser gratuita y obligatoria; que con ahinco pedía la higiene en las escuelas, y que recomendó la enseñanza objetiva. Y si la tarea no hubiese sido desempeñada con acierto por el ya citado joven González Obregón, con cuánto placer haríamos hoy—trazando la biografía de Fernández Lizardi—que los lectores de sus OBRAS ESCOGIDAS siguieran paso á paso, día á día, los sucesos de esa vida gloriosa de reformador político y literario, de apóstol y de mártir. Porque el mérito del *Pensador*, como ya lo dejó dicho Altamirano, es tal en todas sus obras, que aunque las preocupaciones de la escuela literaria pasada lo hayan deprimido y anatematizado, la opinión del pueblo mexicano agradecido se ha apresurado á concederle el puesto de honor, y la escuela contemporánea, para la que son todavía menos disculpables los defectos de los literatos que siguieron al *Pensador* y que tuvieron más elementos para ilustrarse, venera el nombre de este escritor modesto, virtuoso y dotado de un ingenio nada común, como el nombre del patriarca de nuestra literatura popular.

Bastaría, pues, lo hasta aquí expuesto, para justificar el entusiasmo con que hemos recibido la noticia de la decisión tomada por los editores de las OBRAS ESCOGIDAS DEL PENSADOR MEXICANO, de levantarle

este monumento que no es, en verdad, el primero que México debe á los nobles esfuerzos de los mismos editores; pero aún nos resta dejar aquí grabado para siempre, uno de los mejores títulos que á nuestra gratitud tiene el patriota Fernández Lizardi.

Pocos lo saben, pero es un hecho comprobado, que el *Pensador Mexicano* fué quien despertó en el cerebro de nuestra inmortal primera heroína, la Corregidora de Querétaro, la idea de la emancipación de México, idea que germinando años después, hizo que la egregia dama llenase con sus hechos las primeras y más resplandecientes páginas de la historia de la Independencia. ¡Ah! ni el *Pensador* ni la *Corregidora* tienen una estatua en este pueblo por cuya libertad arrojaron odios, persecuciones, anatemas; y pues la gratitud pública se ha olvidado de levantar esas estatuas, quede en este monumento literario que hoy erige al *Pensador* la casa editorial de Ballecá y Ca, grabado junto al nombre de Fernández Lizardi, el de su ilustre discípula Josefa Ortiz de Domínguez, que desde las rejas de una prisión dirigió el primer saludo á la patria, como en elocuente panegírico dijera el sabio Ignacio Ramírez.

México, 1896.

FRANCISCO SOSA.

